

con las que se acerca a las corrientes literarias de nuestros días más aún que a las de su tiempo. Se dice hoy que toda realidad es fantástica y que toda literatura lo es también, aún cuando no lo parezcan; sería difícil encontrar más fina previsión de tales asertos que la del *Quijote*.

La hipotética «fórmula» que pretendo esbozar no es menos universal que caracterizadamente española. A los escritores extranjeros ya citados podríamos seguir sumando otros ejemplos que lo abonan. Así, quizá, el de Sartre en su *Huis clos*, cuyo horrible infierno es una prosaica sala Segundo Imperio habitada por tres sujetos bastante vulgares. O el de Kafka, en cuyos mezquinos ambientes, anodinas gentecillas y cotidianos parloteos se sustentan los más alucinantes acontecimientos. Como Cervantes y como buena parte de la literatura del mundo, también ellos enlazan su Caribdis con su Escila al edificar las extrañezas que imaginan —su poesía, en suma— sobre el engañoso piso de lo simple y lo consabido. Esa es la medida de su desmesura, el tino en la armonización de materiales literarios opuestos cuya unidad parecería imposible; decisiva enseñanza del *Quijote* hasta para aquellos creadores modernos que no hayan condescendido a su lectura.

Hace años hube de visitar Tomelloso. Me enteré allí de que, en la cercana llanura manchega, sobrevenían espejismos. ¿Vio alguno nuestro «manco sano»? ¿Le despertaría la inesperada visión el primer pálpito de sus personajes inmortales? Tal vez una vegetación más frondosa impidiese el fenómeno cuando Cervantes frecuentó aquellos parajes. Yo no lo sé. Mas, se formase o no entonces ante sus pasmadas pupilas, me es difícil evitar la suposición de que esa comarca, que nadie creería propicia a la gestación de arbitrarios embelecados, bien pudo ser tierra alucinatoria de hidalgos y aldeanos de carne y hueso, espectadores de curiosas figuras aéreas o anhelosos de su refrescante aparición bajo el calor de sus soles; y que acaso, según se ha supuesto, llegara nuestro novelista a conocer por allí a algún relativo modelo de su ingenioso hidalgo capaz de ver quizá, o de desear, que para el caso es lo mismo, un holograma de gigantes en el horizonte de molinos. Eso, en el supuesto de que el auténtico modelo secreto del Don Quijote visionario no fuese el propio Cervantes, que es lo que yo creo resueltamente.

Entre su patente Escila y la recatada Caribdis se movió él al crear su novela y se han movido después innumerables escritores dentro y fuera de España. Bogando a mi vez entre ambas rocas, debo reconocer asimismo con toda humildad el alto magisterio cervantino. Cuantas veces se ha advertido cómo, detrás de tal o cual obra mía, se hallaban ciertos escritores cuya influencia en mi teatro agradezco y yo mismo he señalado, me he dicho: sí. Pero detrás de todos estuvo previamente, para algunos de ellos y para mí, Cervantes.

El heroico soldado lisiado en Lepanto; el que afrontó con brava entereza cinco durísimos años de cautiverio, cuando las decepciones le royeron hubo de enfrentarse al fin, con las ostentosas armas de la risa y el puñal penetrante de la tragedia, al país y al mundo en los que, según Vives, no se podía hablar sin peligro. Siglos más tarde, Larra, otro gran ingenio de nuestras letras, ante una España que volvía a enseñar su atroz fisonomía, escribió que «en tiempos como éstos los hombres prudentes no deben callar, ni mucho menos hablar». Un siglo después del pistoletazo de *Fígaro* y a casi cuatro de la muerte de Cervantes, los escritores españoles nos vimos otra vez, durante dé-

cadras, ante el deber de no callarnos: necesidad doblemente imperiosa, pues no sólo consistía en reabrir los cauces literarios a nuevas palabras y formas, sino al pensamiento libre. Propósito difícil mas no inalcanzable, por el que laboramos tenazmente contra las más fluctuantes trabas y a despecho de los suspicaces prejuicios, la ignorante incredulidad y el desdén sistemático en que abundaron otros países u otros españoles. Y ahora podemos decir que, sabiéndolo o sin notarlo, fueron firmísimas guías en el prolongado empeño las de un Cervantes o un Larra.

Vivimos tiempos diferentes. Nuestro aislamiento parece estar acabando. Mas no por ello dejamos de seguir dentro de un mundo colmado de inhumanos horrores y de gravísimas alarmas, bélicas y ecológicas, cuya extensión se ha vuelto planetaria. Ante ellas, la propensión a despreocuparse y a aturdirse crece también sin medida. Los escritores nos preguntamos cada día qué podríamos escribir aún en esta tierra amenazada de muerte... Siempre podemos y debemos, es claro, tratar de expresar poética y experimentalmente cuanto encierran de prodigioso y enigmático las cosas externas y nuestro propio interior; pero, si tornamos la vista hacia nuestros mayores maestros, en ellos volveremos a advertir cómo supieron sumergirse en las vivas aguas de la imaginación creadora sin dar la espalda a los conflictos que nos atenazan y de los que también debemos ser resonadores.

Sacarnos de los intrincados laberintos en que nuestra especie sin paz anda perdida no es tarea que puedan cumplir por sí solos la poesía, la novela o el teatro, pero probado tienen que sí pueden despejar un tanto los extraviados caminos individuales o colectivos por los que vagamos cuando, a los deleites estéticos que nos brindan, los saturan y fecundan los dolores, las inquietudes y las esperanzas de los hombres.

Al recibir hoy este premio de las augustas personas cuya presencia tanto me honra, me conforta suponer que, si se me ha concedido porque deleité algo, también se me habrá otorgado porque algo inquieté.

Desde la ciudad donde naciera el glorioso creador que nos deleitó y nos sigue inquietando, hago pública mi gratitud al verme cobijado bajo su nombre esclarecido.

Antonio Buero Vallejo

LUÍS TASSO—EDITOR—BARCELONA

LA ILUSTRACION

REVISTA HISPANO-AMERICANA

SE PUBLICA TODAS LAS SEMANAS

Director: **TORQUATO TASSO SERRA**

AÑO XI

9 de Noviembre de 1890

N.º 523

PRECIO EN ESPAÑA

UN Real

al número

52 reales al año

26 reales semestral

PRECIO

EN LOS PAISES DE LA UNIÓN POSTAL

25 francos al año

13 francos semestral

de telegrama sobre París, Londres & Hamburgo

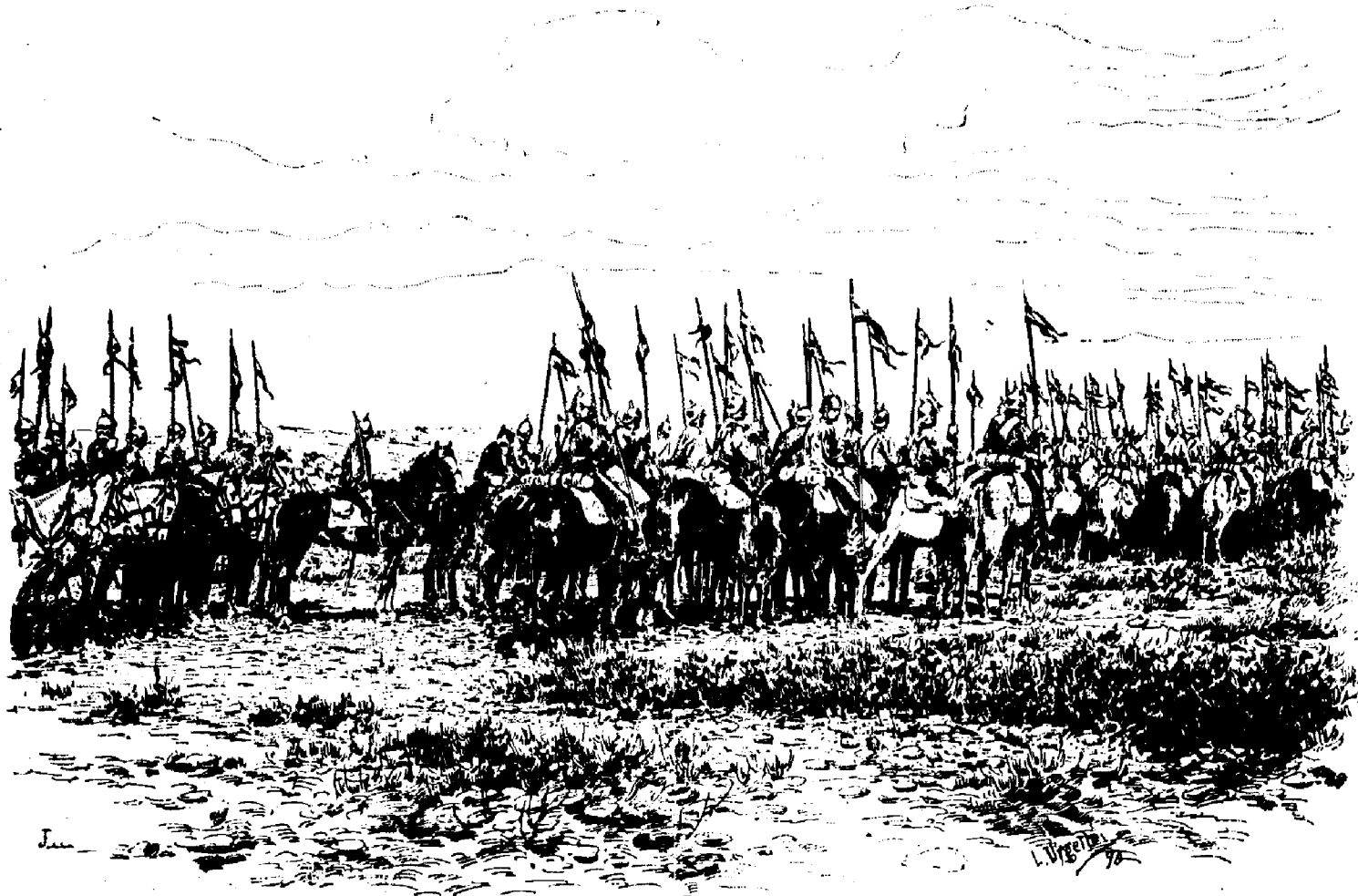
AMÉRICAS

TUEN PRECIO LOS SEÑ. CORRESPONDIENTES

TODOS LOS GRABADOS QUE PUBLICA ESTA REVISTA SON ORIGINALES Ó INÉDITOS EN ESPAÑA

Quedan reservados los derechos que conceden las Leyes y Tratados de Propiedad intelectual.

MANIOBRAS DE CALAF.



REGIMIENTO DE LANCEROS EN COLUMNA.

SUMARIO:

TEXTO:

Crónicas madrileñas, por D. Alfonso Páez Nieva.—La ley del trabajo, por D. Juan Bertis.—Las tres hermanas, por D. J. F. Junc.—Los efectos del lujo, por D.ª Emilia de S...—Tu creencia, por D. Pablo Hernández.—Academia Científico-Literaria de la República de Honduras.—Eséngue, fomenino contra la Real Academia Española, por E. R.—La educación, por E. R. de O.—Nuestros grabados.—Historia de la semana.—Anuncios.

GRABADOS:

Maniobras de Calaf. Regimiento de lanceros en columna.—Caballería haciendo sus aprovisionamientos.—Grupo de caballería.—Trincheras de defensa de Fortesa.—Servicio de descubierta.—Cuartel general, inmediaciones de Calaf.—Cazadores de caballería el día del simulacro.—Campamento de caballería en San Martín de Sagayolas.—Plaza mayor de la 1.ª brigada de infantería.—Artillería divisionaria en instrucción.—Calaf. Vista general.—Guerrillas en los atrinchamientos de Fortesa.—Batería de artillería de montaña.—Marcha de la artillería de montaña.—Campamento de caballería a la caída de la tarde.—Tienda de campaña del general Torrelina.—Calaf.—Camp

Crónicas madrileñas.

La llegada del frío.—El incendio del globo.—Un Attila de oro puro.—La favorita de Melgares.—Retiños y notas.—Don Juan Tenorio.—El estreno de la Comedia.—Una novela y su novelista.

Por si la epidemia variolosa no producía bastantes víctimas en la población, los primeros fríos han venido a empeorar la salud pública. Días pasados bajó el termómetro a cero, y ese descenso súbito de la columna mercurial costó la vida a dieciocho personas atacadas de pulmonía fulminante. No puede haber formarse idea del frío de Madrid sin haber pasado un invierno en la corte; nuestro frío no es el frío aparatoso del Norte; aquí

cuarta del suelo ni el horizonte se cierra hasta que el estío se lleva con sus calores las brumas. El horizonte de nuestra capital casi nunca se entolda; el frío madrileño es, pues, un frío hipócrita que se escuda detrás del sol para descargar sus flechas de hielo; un frío disimulado, sutil, que andando de prisa y provocando el sudor, parece que no se nota, y sin embargo le penetra a uno hasta los huesos. El refranero popular español cuenta con un proverbio que es la semblanza de nuestro cortés frío: «el aire de Madrid mata a un hombre y no apaga un candil.»

Hé ahí el terrible enemigo de Madrid: el aire manso, reposado, calmoso, cuajado de puntas de aguja que le envía el Guadalupe por un lado es abanico y su

◀ Anterior

▲ Inicio

Siguiente ▶